

EL VIAJE A MOSCÚ



En un escaparate de Salzburgo, ciudad preparada para la visita de Nixon camino de Moscú, apareció su effigie con la cruz gamada y el epíteto «asesino del pueblo».

UN Presidente de los Estados Unidos está ahora, por primera vez, en la Unión Soviética. Vive en el Kremlin, negocia —o está a punto de negociar cuando estas líneas se escriben— con los dirigentes soviéticos. El Presidente Nixon ha ido a negociar a Moscú tres temas que él mismo ha definido en la víspera de su cuidadoso viaje —tan cuidadoso que su única etapa europea, de veinticuatro horas, «para acostumbrarse al reloj de Europa» la ha hecho en Austria, país oficialmente neutral— y que son: la limitación de armamentos nucleares, el fortalecimiento del comercio y la cooperación espacial. Tres temas sin duda importantes, pero que no parecen requerir esta ruptura histórica. Hay organismos, personas, que están tratándolos desde hace tiempo. La reducción de armamentos es el objeto de unas conferencias minuciosas y prolongadas, como las SALT; el incremento del comercio se realiza a través de las Embajadas, y la cooperación espacial tiene también un organismo mutuo, poco utilizado, pero que se puede activar. Puede imaginarse que los acuerdos, o los puntos de un comunicado final a este viaje que luego se resolverán en acuerdos, tratarán de esos tres importantes temas; pero es muy probable que estén ya decididos de antemano y que el intercambio de puntos de vista entre Nixon y Brejnev sobre ellos sea muy somero.

HAY una razón muy señalada para el viaje de Nixon, y es la electoral. Nixon ha basado su carrera presidencial en unos temas de política exterior muy concretos, muy definidos, como es la negociación con el bloque comunista, y tiene que ir cumpliéndolos en su primer mandato, a punto de expirar, si quiere recibir del pueblo el segundo mandato, y claro que quiere: se dice, incluso, que está obsesionado por ello. Las elecciones están envenenadas. Y no por los disparos contra Wallace, que no son más que un episodio accidental y un signo de la violencia, el furor y la cólera que destrazan desde hace años el mecanismo democrático de Estados Unidos. El veneno está en la veloz caracterización de McGovern como candidato demócrata —aunque su camino sea largo hasta la convención— y en la definición clara de McGovern como un aperturista; está en la ira profunda por el desarrollo de la guerra de Vietnam, en la bomba puesta en el Pentágono, en la explosión de un petrolero en Newport. Al candidato Nixon, la visita a Moscú, como la anterior a Pekín, le allanan el camino para la reelección. Pero esta razón, tan señalada, no es tampoco suficiente. En Nixon hay que distinguir al candidato a la reelección del Presidente en ejercicio: el Presidente en ejercicio no puede tomar ciertas medidas, ciertas decisiones, sin contar con un inmenso aparato, sin la anuencia de unos poderosos grupos de presión. Por otra parte, Moscú no hubiese abierto sus puertas a Nixon solamente para facilitarle la permanencia en la Casa Blanca.

EL Presidente de los Estados Unidos no va a la Unión Soviética por primera vez en la Historia —Nixon ya estuvo, pero no era Presidente; otros Presidentes han estado, pero sólo por conferencia de guerra y no visita de estado— para apoyarse a sí mismo,

candidato a la reelección; no va solamente a fortalecer un comercio mutuo, una colaboración espacial o una limitación de armamentos. Se dice que va a Moscú para buscar una salida a la guerra de Vietnam y que por lo mismo fue a Pekín. Se supondría que la URSS y China podrían persuadir a sus amigos y aliados indochinos para que llegasen a una paz honorable, a unas negociaciones francas y cómodas por las cuales los Estados Unidos pudieran perder esa guerra sin tener el aspecto de haberla perdido. No parece una actitud muy realista. La conferencia de paz de París ha sido curiosamente obstruida por los Estados Unidos; los bombardeos de Hanoi y Haifong, el bloqueo por minas de la costa norvietnamita, no parecen ser medidas que tiendan a favorecer una solución pacífica. Aun si esto fuese así, ¿qué ventajas obtendría la URSS a cambio de su presión sobre Hanoi? ¿Dinero, tecnología americana? No parece que la URSS esté muy necesitada de dinero americano —que está en baja—; la tecnología de un país que puede competir por lo menos en armamento y en viajes y exploraciones espaciales con los Estados Unidos no debe estar muy sedienta de ayuda. Si es cierto que la URSS tiene una baja tecnología menor, de bienes de consumo; pero se la están ofreciendo a manos llenas los japoneses, los alemanes occidentales —la ratificación de los tratados, tan curiosamente animada y suspensiva, ha concluido ya, y ahora el camino de los mercados están tan abierto como deseaba la industria alemana occidental—, los franceses, los italianos. Más interés pueden tener los Estados Unidos en quitar de su camino a esos posibles competidores, generalmente más baratos y con menos hipotecas políticas, que los soviéticos en obtener la tecnología americana, no enteramente adecuada para su modelo de sociedad. El contrapeso de un amparo contra China no resulta tampoco muy evidente, sobre todo cuando la visita a Moscú ha sido precedida de otra visita a Pekín, tan espectacularmente cordial y tan marcada de hechos históricos como lo fue la de Nixon a Mao. Una compensación en Oriente Medio no es visible, ni fácil —los israelíes no se prestarían—, una apertura en Europa se está produciendo ya, y los tratados con la RFA son, si no más espectaculares que la visita de Nixon, más concretos y más realistas en la vía de un apaciguamiento europeo.

Si ninguna de esas razones es suficiente por sí misma, el conjunto de todas ellas sí puede serlo. La inauguración de una nueva era de «statu quo» en Europa, mediante una conferencia de seguridad que ya se ve venir; la disminución de los armamentos, una manera de enfocar el amplio problema asiático, el enfrentamiento de las flotas en el Mediterráneo y en el Índico, las tensiones en diversos puntos del mundo... Es decir, todo un amplio contencioso al que solemos atribuir un período de existencia limitado —desde la posguerra y la guerra fría hasta nuestros días—, pero que, históricamente, tiene una dimensión mucho mayor: desde el mismo momento en que estalló la revolución rusa y se enfrentaban en forma de ideología y de conceptos de vida el capitalismo y su expansión en el mundo, en la forma

e. haro tecglen

de la doctrina de Wilson, y el comunismo, con el «Manifiesto» de Marx, reverdecido por Lenin. Salvo el interregno de la guerra mundial, en que los dos países llegaron a ser aliados, más por la gran equivocación política y militar de Hitler que por su propia inclinación, los cincuenta y cinco años transcurridos han sido los de un enfrentamiento en todos los terrenos, desde los armados hasta los propagandísticos, los técnicos y los económicos. A lo que tiende la visita de Nixon, ahora, como consecuencia de una serie de aproximaciones lentas cuando el inicio de la coexistencia sustituyó a la guerra fría, es a una aproximación del capitalismo y del comunismo. Es una manera un poco abstracta de señalar la cuestión, pero indicar que es una política de potencias y que se trata solamente de una aproximación entre Estados Unidos y la URSS como grandes naciones no es más que una ocultación de lo mismo. El capitalismo en el mundo que lo profesa es una consecuencia de la extensión del imperio económico de los Estados Unidos, y el comunismo en sus dos vertientes principales depende de la URSS y de China.

OTRA cosa son las llamadas guerras de liberación popular, llamadas antes revoluciones. Frente a ellas es difícil que los Estados Unidos puedan ahora oponer su doctrina o su filosofía de contención del comunismo: un país que envía a su Presidente a conversar largamente, en visitas entusiastas, a las dos cabezas visibles del comunismo, no puede seguir pretendiendo ya que ese comunismo con el que se abraza en Moscú o en Pekín debe ser contenido en Vietnam o en Hispanoamérica. Si lo sigue pretendiendo, será a fuerza de retorcer el lenguaje o de despreciar la lógica; de la misma forma que la URSS o China no habrán de seguir difundiendo sus doctrinas de contención del imperialismo americano y del capitalismo mundial. Las guerras de liberación popular, como la de Vietnam, son frutos de sí mismas. Su continuidad depende de su propio contexto.

LOS objetivos anunciados para este viaje son limitados y modestos. Es una medida de precaución, una forma de no perder la cara, cada uno de los dos países conferenciantes, con su amplia clientela mundial. Por otra parte, tampoco han de tener resultados concretos visibles en lo inmediato, aparte de unos cuantos acuerdos del tenor de los anunciados. Pero son, como hemos dicho, una ruptura histórica, un cambio profundo en la relaciones no sólo de esos países entre sí, sino de todos los demás que están interrelacionados con ellos. Suponen una profunda modificación política, que habrá de penetrar en las mentalidades de todos, para por lo menos los veinte o treinta años venideros.

Miles de jóvenes manifestantes recorren las calles de Frankfurt en señal de protesta contra la política de Nixon en Indochina. En primer término, un muñeco ardiendo representa al Presidente americano.



¿DE QUE SE ESTA HABLANDO?

PARA vender naranjas tenemos que ser europeos; para ser europeos, tenemos que ser «homogéneos» —dice Areilza— con los sistemas que rigen Europa. Junto al ex embajador en París, el ex embajador en Londres, marqués de Santa Cruz, habla de «una vida comunitaria» con otros países, si no queremos aislarnos. Se les escucha, se les lee y parece que van a pronunciar la palabra secreta. Gabriel Cisneros, consejero nacional, se aproxima más: «Se necesitan unos órganos que cumplan la función de los partidos políticos en las democracias occidentales». Y Nicolás Franco va y lo dice: la soledad política nos sería fatal y necesitamos «la democracia permanente». Pero España «no tiene prisa», dice López Bravo, que tiene sobre los otros la ventaja provisional de ser ministro de Asuntos Exteriores y «Europa es una comunidad en todos los órdenes, que tan sólo será posible si se acepta la personalidad de cada país». Entre la «homogeneidad» de Areilza y la «personalidad» de López Bravo, ¿cuántas diferencias hay? ¿Hay las mismas que en la vieja disputa europea entre supranacionalidad y «Europe des patries»? ¿Cuál es el denominador común que une a los países que conservan su «personalidad»? ¿Es la democracia? ¿O una peculiarización de la democracia? Cuando el sobrino de Franco habla de democracia «permanente», ¿quiere decir lo mismo que cuando el sobrino de José Antonio Primo de Rivera, don Miguel, dice que «no hay más fuerzas políticas que las que se integran en el movimiento nacional»? ¿O quiere decir todo lo contrario? Cuando Miguel Primo de Rivera y Urquijo dice que «hay otras (fuerzas políticas) que juegan a la política imitando a los extranjeros, y que todos conocemos», ¿quién supone que somos todos o que son todos? ¿Quiénes son de verdad los que imitan al extranjero? ¿Qué es el extranjero? ¿Es Italia o es Turquía? ¿Es Grecia? ¿Es Francia? ¿Es la Francia de Pompidou o la de Mitterrand? ¿La de Tixier Vignancourt o la de Alain Gesmar? Gabriel Cisneros habla de algunos que imitan esquemas extranjeros muy definidos, pero también de los españoles que imitan a España: «Los doctrinarios, hoy más vigorosos, parecen alimentarse con chocolate de sacristía preconciliar, mugre de nacionalismo, chafarrinón antiliberal, bostezo de casino meridional e interpretación del mundo con esquemas que oscilan entre Carl Schmitt y John Wayne, según el grado de ilustración». (Carl Schmitt es el definidor de la «dictadura soberana»: aquella que no se considera como tránsito, sino como su propia finalidad. John Wayne es John Wayne, el héroe del cine imperial americano.) Pero hay quien teme que los que imitan a España vayan aún más atrás: Américo Castro. «Mientras los españoles permanezcan aplomados sobre la imagen de un ilusorio y mendaz pasado, no podrán desplegar las alas de su curiosidad científica, no se nivelarán con la cultura de Occidente, añorada por tantos en la Península desde el siglo XV». ¿Nuestro debate es del siglo XV? ¿Nuestros personajes son del siglo XV? Pero, ¿de qué están hablando? ¿Qué tiene que ver todo esto con las naranjas? ¿Qué son las naranjas?

■ POZUELO.